

## MENSAJE DEL 25 DE ABRIL DE 2015

**“Queridos hijos, también hoy estoy con ustedes para guiarlos hacia la salvación. Su alma está inquieta porque el espíritu está débil y cansado de todas las cosas terrenas. Ustedes, hijitos, pídanle al Espíritu Santo para que Él los transfigure y llene con su fuerza de fe y esperanza, a fin de que estén firmes en esta lucha contra el mal. Yo estoy con ustedes e intercedo por ustedes ante mi Hijo Jesús. ¡Gracias por haber respondido a mi llamado”.**

La Santísima Virgen viene a conducirnos en la batalla -de una larguísima guerra, tan larga como la historia de la humanidad- contra el mal. Dios nos ha creado sin nosotros, pero no ha querido salvarnos sin nosotros, decía san Agustín, y Él, que quiere nuestra salvación, no nos deja solos a merced de Satanás sino que nos envía su ayuda. ¡Y qué ayuda!, su Madre. Cristo ya venció. La Santísima Virgen, por su Hijo con quien cooperó en la salvación, ya venció. Ahora Dios dispuso que la Mujer, que es Madre de Dios y Madre nuestra, condujera esta batalla final. Alguno se puede preguntar porqué final. Porque así lo hacen prever estas apariciones únicas por su alcance universal y duración, así lo dijo Sor Lucía de Fátima, así lo indican los signos de los tiempos. Estamos entrando en el final de los tiempos, que no es por cierto el fin del mundo. Este final es de una gran lucha -como nunca antes se había visto- entre el bien y el mal, entre la Mujer y el Dragón (Cf. Ap 12). Y para luchar y vencer tenemos que ser fuertes y firmes. Si el espíritu, si el ánimo es débil, si cunde el desánimo, si probamos hacernos fuertes con las cosas de esta vida terrena y no en Cristo, entonces sucumbimos. Sólo la fe en Cristo y la confianza puesta en su Madre, esa fe que alimenta la esperanza y por la que no caeremos en la desesperación, nos pueden dar la victoria, que es nada menos que la salvación propia y la contribución a la salvación de otros. Eso es lo que ahora viene a decirnos la Santísima Virgen, asegurándonos que está con nosotros, luchando por nosotros y enseñándonos cómo conseguir la victoria, cómo no amedrentarnos.

“Levanto mis ojos a los montes ¿de dónde vendrá el auxilio? El auxilio viene del Señor que hizo el cielo y la tierra”, dice el salmista (Slm 120). Podríamos decir que esos montes son los que le dan el nombre a Medjugorje (que significa entre los montes o entre montañas) y ese auxilio que viene del Señor es el de Su Enviada, la Reina de la Paz. Y la Virgen Santísima nos dice que la fuerza viene del Espíritu Santo, de quien provienen la fe, la esperanza y el amor, esas virtudes con que fuimos investidos en nuestro bautismo como hijos de Dios. Esas mismas virtudes que debemos pedir el Espíritu Santo nos fortifique. Si el bautismo lo recibimos al nacer, pues el mismo Espíritu hará que nazcamos de nuevo (Cf Jn 3:5) para afianzarnos en la Roca que ninguna tempestad logrará mover, la Roca que es Cristo.

P. Justo Antonio Lofeudo